

Carlos Sánchez Galtés

HERNAN CORTÉS.

(CUADRO DRAMÁTICO.)

94158



HERNAN CORTÉS,

CUADRO DRAMÁTICO

EN UN ACTO, ORIGINAL Y EN VERSO,

DE

DON CARLOS JIMENEZ PLACER.

Representado por primera vez, con extraordinario éxito, en el teatro de Variedades, en la noche del 18 de Noviembre de 1867.



MADRID:

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1867.

PERSONAJES.

ACTORES.

BEATRIZ (penitente).. SRAS. D.^a ENRIQUETA LIRON.
INÉS..... MARIA RUIZ.
HERNAN CORTÉS.... SRES. D. JOSÉ MATA.
MIGUEL QUIJADA.... ANTONIO PIZARROSO.
FRAY PEDRO DE ZAL-
DIVAR, abad de San
Isidro del Campo....
MARTIN CORTÉS....
PEDRO ASTORGA... MANUEL VEGA.
JUAN MELA.
RICARDO CALVO.

Castilleja de la Cuesta. 2 de Diciembre de 1847.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria. El autor se reserva el derecho de traducción. Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los Sres. Cullon e Hidalgo, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares. Queda hecho el depósito que marca la ley.

A LA MEMORIA

DEL INFORTUNADO ARTISTA ESPAÑOL,

D. CÁRLOS MARIA ESQUIVEL,

Su amigo del corazón,

Juan Sainz Pardo

El Autor.

Justo Alang

EL CORREO

José Oyareguí

ACTO ÚNICO.

Sala de la casa que poseía el jurado de Sevilla Don Alonso Rodríguez en Castilleja de la Cuesta.—Tres puertas: una en el muro lateral de la derecha (actor) que conduce á la calle, y dos en el de la izquierda que dan al interior de la casa: la segunda de ellas con cortina.—Una ventana que promedie la pared del foro, dejando ver otro muro bajo, iluminado por el sol poniente. Sobre el dintel de la ventana, una vara de hierro, y cogida en ella una tela oscura.—En segundo término derecha, un lecho de nogal de época con colgadura, en la que habrá bordado el escudo de Cortés.—Al lado opuesto, frente á la cama y contra la pared del foro, un reclinatorio también de nogal, tallado, gótico, y sobre él un retablo de puertas, con las pinturas de una Virgen, un San Pedro y un San Pablo, estilo flamenco.—Una mesa y dos sillones de brazos con asientos y espaldar de baqueta, uno á cada lado de aquella, de época, en el primer término izquierda; y sobre la mesa un crucifijo, un tintero, papeles, libros en pergamino, una esfera y cartas geográficas.—Colgado del muro lateral de la derecha, entre la puerta de salida y el lecho, un trofeo de armas indias del tiempo de la conquista.—Algunos bancos prudencialmente distribuidos por la escena.

Al levantarse el telon, se dejará oír durante algunos instantes la armonía lejana de un laud. Inés, que aparece sentada en el sillón contiguo á la mesa, con

los brazos apoyados en ella, y sobre sus brazos la ca beza, dice como despertando:

ESCENA PRIMERA.

INÉS.

Aun es de día.— Los ojos se me cierran sin querer.

(Se levanta.)

Un mes hace que llegamos á Castilleja, y un mes que nada evita el rigor de la enfermedad cruel que amortigua la existencia del egregio Hernan Cortés.

(Se dirige á la ventana, y mirando por ella dice:)

Allí está: del sol poniente con anhelo se le ve disfrutar. El tibio rayo sobre su frente al caer, aun presta calor benéfico al frío de su vejez. ¡Cuán pesaroso!... ¡Si Dios quisiera un milagro hacer!...

ESCENA II.

INÉS y ASTORGA, entrando por la derecha.

AST.

¡Albricias!

INES.

¿Qué ocurre?

AST.

Mucho.

INES.

Hable el paje.

AST.

Si hablaré,

pero ruego á vuesaarcé que preste atencion.

Ya escucho.

INES.

AST.

Para no causar enojos, si á enojos amor provoca, lo que no diga mi boca

lo escuchareis de mis ojos.

INES.

No sigais.

AST.

¿Por qué razon?

INES.

Si con franqueza he de hablar, por que no os ha de prestar oidos mi corazon.

AST.

Labrais la desdicha mia.

INES.

Culpad á vuestra torpeza; donde reina la tristeza es sarcasmo la alegria.

AST.

¿Daisme así leve esperanza?...

INES.

Hermanad con la prudencia la paciencia, y con paciencia... Ya estoy...

AST.

El cielo se alcanza.

INES.

Me regocija un consuelo; pues si paciencia me sobra, el término de mi obra...

AST.

(Con apasionamiento.)

será entrar en vuestro cielo!

INES.

¿Insistís?... (Contrariada.)

AST.

Pues lo quereis,

y la obediencia me toca, cosida estará mi boca si vos no la descoseis.

INES.

Debo, seor paje, indicar, y así se evita el error, que en no hablándome de amor, podéisme de todo hablar.

AST.

¿Sigue mejor el paciente?

INES.

Como ayer.

AST.

¿No ha mejorado?

INES.

Por desgracia.

AST.

¿Y á su lado

INES.

se encuentra la penitente?

AST.

Ejerce la caridad,

INES.

y á ejercerla aqui ha venido.

AST.

¿Cómo la habeis conocido?

INES.

¿Quereis saberlo?... Escuchad.

El mal siempre lo comparte con quien está el mal sufriendo, y de limosnas viviendo,

lo que le sobra, reparte.
Su bondad es evidente,
quien la conoce la ama,
que es un ángel, á quien llama
el vulgo la penitente.
Fija su vista en el cielo,
bebe en él la inspiracion,
y es fuente su corazon
de inagotable consuelo.
En la experiencia me fundo:
hay seres privilegiados
que viviendo recatados
los conoce todo el mundo.
Cubiertos de bendiciones,
nunca olvida la memoria
á los que escriben su historia
con benéficas acciones.
De este modo, á esa mujer,
que Dios inspira sin duda
prestándole santa ayuda,
he llegado á conocer.
La fama se queda atrás,
que en cuanto escuché y escucho,
aunque de ella dice mucho,
se merece mucho más.
Pláceme sobremanera
que en su lecho de dolor,
preste á mi noble señor
auxilios esa enfermera.
Vuestro enojo no provoco,
bien le atendeis y él lo sabe;
pero su mal es tan grave
que todo cuidado es poco.
Dos seres hay en el mundo
por quien siente el alma mia
una ardiente simpatia,
un amor santo y profundo.
Mi padre el primero es,
pero en mi amor filial,
sabe que tiene un rival:
el muy noble Hernan Cortés.
No le importa: así pagamos

AST.

INES.

una deuda contraida.
Á Dios debemos la vida;
á Hernan Cortés que vivamos.
Que por su bien se procure,
plácenos mucho, y tememos,
no que muchos le cuidemos,
sino que Dios no le cure!
Sois un ángel.

AST.

INES.

AST.

Soy mujer
agradecida, y no más.
Sois otra cosa ademas...

(Con intencion amorosa, á que Inés contesta con una mirada severa.)

Me callo: cómo ha de ser!
(Noto que mis esperanzas
habrán de morir en flor,
puesto que muere mi amor
de plétora de alabanzas.)
—Mi señor su testamento
durante mi breve ausencia
lo terminó?

INES.

AST.

En mi presencia.

Lejos estuve y lo siento.

¿Sois avaro?

¿Yo?... Qué horror!...

Limpio estoy de ese pecado.

Nuevas mandas ha ordenado...

(Con interés.) ¿Para quién?...

Para el doctor.

¡Es muy justo!... (Aunque ese medio
yo nunca empleado hubiera,
porque si el doctor se entera
lo mata sin más remedio.)

(Como recreándose en la ansiedad y codicia de Astorga.)

También presente ha tenido...

á Diego Gonzalez.

¡Yal!

Veinte ducados le da.

Los merece.

Y un vestido.

Sus carnes se cubrirán,

que no es justo ni cristiano,
que use el traje de verano
que usó nuestro padre Adán.
—¿De mí se acuerda?

INES.
AST.

Y de mí.
Á mi señor quiero tanto,
que vierto copioso llanto
desde que enfermo le ví.
(Un hombre así, que no hay dos
de tanta fama en la historia,
debe gozar de esta gloria
y de la gloria de Dios.)

INES.

AST.

—Mi enhorabuena cumplida
os doy si os deja dotada.
El dote que más me agrada
es el dote de su vida.
De este mundo entre los buenos
que me cuenten es mi afán;
pero no olvido el refrán:
los duelos con pan son menos.

INES.

AST.

—Alguien viene, y no es prudente...
Cerrad, Astorga, la puerta
si la habeis dejado abierta.
(Se dirige á la puerta derecha, y en el momento de
llegar á ella, aparece Doña Beatriz, ante la cual se
inclina diciendo:)
Pasad.
(Cierra y se retira por la puerta segunda izquierda
cruzando la escena.)

INES.

¿Quién?... ¡La penitente!

ESCENA III.

INES y DOÑA BEATRIZ.

INES.

¡Doña Beatriz!

(Corriendo á su encuentro y abrazándola.)
Buenas tardes.

BEAT.

Buenas tardes.

INES.

Impaciente os esperaba.

BEAT.

¡Cómo agradece esa prueba
de correspondencia al alma!

(Besándola en la frente.)

Ayer, cuando los umbrales
pasé de esta honrada casa,
á ser útil, Inés mía,
vine y no más.

INES.

Encargada
quedareis por mi esta noche.
Llevo ya tantas veladas!...

BEAT.

¿Sigue el enfermo peor?

INES.

Remedio su mal no halla.
Y qué mucho, si agobiado
por hondas penas amargas,
junta á los males del cuerpo
las heridas de su alma!
La magestad imperial,
con ingraticudes paga
los eminentes servicios
que otro tiempo le prestara.

BEAT.

¿Qué decís?

INES.

Que con nobleza
en los campos de batalla
por ensanchar sus dominios
derramó su sangre hidalga;
y no es extraño que enfermo
sienta la muerte en el alma,
viendo que en este rincón
su triste vida se apaga,
el esforzado caudillo
para quien fué estrecha España.

BEAT.

INES.

¡Sirvió al noble Carlos Quinto?
Sus portentosas hazañas
relatar es imposible.
Capitanes de su talla
son el asombro del mundo
y el orgullo de su patria.
Y el emperador...

BEAT.

INES.

Pagóle
muy mal, é injusticia tanta
al enfermo preocupa,
viendo que la cortesana
envidia ha prevalecido
menoscabando su fama,
ó mejor dicho, intentando

sin razon menoscabarla.
 BEAT. Entónces no me sorprende el estado en que se halla, porque habeis dicho muy bien: si su corazon traspasa la herida de un desengaño que su existencia acibara, más que los males del cuerpo hay que temer los del alma! ¿Vos tambien?...

INES.
 BEAT.

Tristes memorias el corazon me desgarran, y una fatal coincidencia á mi espíritu la calma roba, mi atencion fijando en las miserias humanas. —Si mal no escuché, habeis dicho: «Capitanes de su talla son el asombro del mundo y el orgullo de su patria!... Así dije.

INES.
 BEAT.
 INES.
 BEAT.

(Preocupada.) (¡No es posible!)
 ¿Qué os sucede?

¡Nada! Nada!
 (Si fuera él... Lo repito, no es posible!... Su desgracia tan grande no puede ser que así su esplendor abata!...)
 (Vuelve á escucharse la melodía del laud, la cual se extinguirá á los pocos instantes.)
 ¿Un laud?...

ESCENA IV.

DICHAS y ASTORGA, que se presenta en la puerta izquierda con luz.

AST.
 INES.
 AST.
 INES.
 AST.

¿Dáisme licencia?
 Entrad. ¿Y la noche?
 (Dejando el velon de cobre en la mesa.) Clara, azul, mas fria.
 ¿Y le cuidan...
 Distraerle solo tratan,

y esa armonia parece que sus tristezas espanta. No en vano latinis versos hizo escolar en el aula; y algo quedó en el que antes pulsó el laud que la espada. Mas, tan enfermo...

INES.
 AST.
 BEAT.
 AST.

Su hijo...
 (¡Dios mio!)
 Su capricho acata. Le ve morir, ¿y qué otra manera de hacer más larga su existencia?... Le complace: muriendo el laud abraza, y á par que sus cuerdas vibra el llanto á su pecho arranca. ¡Gran Dios!...

BEAT.
 INES.
 BEAT.
 AST.
 BEAT.
 INES.
 BEAT.

¿Qué os pasa, llorais?
 No os inquieteis: estas lágrimas, la ofrenda son que á un recuerdo tributa dolida el alma.
 ¿Serviros puedo?
 ¡Imposible!

Dejadnos.
 (A Astorga, que se retira por la misma puerta segunda izquierda.)
 ¡Oh!... gracias! gracias!...

ESCENA V.

BEATRIZ é INÉS.

INES.

Desahogad el triste pecho, y si en el pesar que os hiere á una amiga leal que os quiere le concedéis el derecho de compartir la afliccion que el espíritu os fatiga, llorad: yo soy esa amiga que os quiere de corazon. A tanta solicitud me obligásteis en un dia.

¡Misteriosa simpatía
del dolor y la virtud!
BEAT. ¡Pobre Inés!... Cándida flor,
que empieza á vivir apenas!
¡Qué anhelas saber de penas
ni sufrimientos de amor?
De esa aurora á los reflejos
gozad en risueña calma;
hay tempestades que al alma
hacen daño hasta de lejos!
¿Ni qué he de deciros yo
ni qué podriais comprender
del llanto de una mujer,
que ha muerto!...

INES.
BEAT.

¿Qué ha muerto?

¡Oh!

Dió al mundo su despedida.
Mas, vive...

INES.
BEAT.

¡Ay! Tanto llora,
que la desgraciada ignora
si es vida vivir sin vida.
¿Tan sola en la tierra estuvo?
Al nacer murió su madre,
y allá en la guerra su padre
siempre, ó en la córte, no hubo
ni el tierno afecto que dió
á la humanidad la vida.
Y ella, para amar nacida,
sola en el mundo se vió.
Una vez...

INES.
BEAT.

Seguid.

Solo una!
Y ¡ay triste! Que á Dios pluguiera
su muerte entónces; que fuera,
corona de su fortuna.
—Una tarde, como en sueños
de una delicia ignorada,
de música regalada
los sonos oyó halagüeños.
Y á acordes tan seductores
una voz que conmovida,
cantaba dulce y sentida

bella cántiga de amores.
Perdió su pecho la calma
rota su cárcel estrecha,
y como vuela una flecha
voló á las rejas el alma.
Estaba allí el trovador,
su altiva frente envolvía
del astro rey que moria
el fugitivo esplendor.
Contra su pecho apretaba
el laud, y con denuedo
larga espada de Toledo
pendiente al cinto llevaba.
Por su apostura y su traje,
que loba y ropon vestia,
una infanta le hallaria
sin rival para su paje.
¿Era estudiante el cantor?
De Salamanca.

INES.
BEAT.
INES.
BEAT.

Ella...

Era
la dulce ocasion primera
que llamaba á su alma amor,
y le rindió el albedrío.
Cual flor que tras de la noche
abre ruberosa el broche
de su cáliz al rocío.
Seguid.

INES.
BEAT.

Sus horas desiertas
ya encontraron más espacio;
mas un dia de aquel palacio
llamó un anciano á las puertas.
Era el conde: era su padre.
¿Qué le traia al volver?
Era á quien debía el ser,
la sombra era de su madre.
Recuerdos santos y bellos
de amor sus únicos lazos.
El conde le abrió los brazos
y ella, de amor, lloró en ellos!
—«Llora: que esposo y señor
vengo á darte, con afán,

«dijo:—del gran Capitan
»es deudo el Comendador
»que solicita tu mano,
»á quien ayer la he ofrecido.
»Tiempo es que tengas marido
»pues ya tu padre es anciado.»—
Abismada, muda, inerte,
como por un rayo herida,
su alma oyó estremecida
esta sentencia de muerte.
Hablar quiso y tuvo miedo,
y á sus pies cayó de hinojos.
—«¿Qué respondes?»— Con enojos
el conde exclamó.—«¿No puedo!...»
Y tras esta negacion
que al honor abria un abismo,
escuchó horrible allí mismo
uná impia maldicion.
Vino la noche: inquietud
tan grande jamás pasó;
oir un laud creyó,
y en vez de oír un laud,
un rumor sordo á su oído
llegó de voces y espadas,
y frases entrecortadas,
y un socorro, y un gemido!...
Bajó á la reja: temblando
los vidrios abrió, y la luna
de sangre en roja laguna
mostróle á un hombre espirando.
Era el estudiante!...

INES.
BEAT.

¿El corrial? No.

INES.
BEAT.

¿Corria?

Corria,
y, adios!... adios!... le decia.
Al comendador mató.
¿De celos?...

INES.
BEAT.

¿Ay, no lo sé:
y juzguen de ellos los cielos!
¿Cómo, Inés, si fueron celos
no tornó?...

(Se oyen fuera lentos, acompasados, pero fuertes, tres golpes en la puerta derecha. Los golpes se repiten un momento despues, cuando lo indica el diálogo.)

Han llamado.

INES.
BEAT.

¿Qué?

(Con sobresalto, y notando avergonzada la presencia de Astorga.)
(¡Jesus!)

AST.

(Que ha aparecido en la escena en el momento de sonar el primer golpe.)
Llamaron.

INES.

(Á Astorga, que permanece inmóvil.) Á
¿Qué os detiene?

BEAT.

(Si escuchando...)

INES.

¿No oís que siguen llamando? (Á Astorga.)
(Á Beatriz con dulzura.)
—Conmigo adentro venid.

(Vánse puerta primera izquierda.)

(Astorga, que ha llegado entre tanto junto el dintel de la puerta derecha, en la que han resonado los golpes, vuelve á detenerse en ella contemplando con maliciosa sonrisa á Beatriz, que sale con Inés.)

ESCENA VI.

ASTORGA.

¡Es ella! De llanto llenos
sus ojos, su turbacion...
No sufre así el corazon
por los dolores ajenos.
Que el cielo su padecer
plegue calmar condolido.
¡Por Dios, que me ha conmovido
la historia de esa mujer!...
¡Cuán apuesto continente!
¡Es la penitente bella!...
—Perdona, Inés, mas por ella
era Astorga penitente.
(Vuelven á sonar los golpes en la puerta derecha.)

ESCENA VII.

ASTORGA, y poco despues QUIJADA.

AST. ¿Quién llama?
QUIJ. (Dentro y con enojo.) Quien entrar quiere,
¡voto á cien legiones del...
AST. ¿Jurais?
QUIJ. ¡Buen hombre, abrid pronto!
Abridme por San Andrés!
AST. Si no temiera... (Abre.)
QUIJ. (Entrando.) Acabárais.
¡Buenas y santas!... ¡Pardiez!...
(Mirando con extrañeza el techo, paredes y mobiliario.)
He equivocado las señas
ó no me las dieron bien.
AST. ¿Quién sois?
QUIJ. Un pobre soldado,
viejo, y de nombre Miguel.
¿Qué más se os ofrece?
AST. Hablad
mas bajo si os place.—¿Á quién
buscáis?
QUIJ. Yo, busco... al diablo!
¿Qué os importa?
AST. ¿Qué poneis
á que os hago, mal que os cuadre,
seor soldado, enmudecer?
QUIJ. ¡Já!... já!... já!...
AST. Salid.
QUIJ. Las paces
conmigo, rapaz, haced,
y en razon me contestad
á lo que quiero saber.
¿Quién vive aquí: el arcediano
ú el procurador del rey?
AST. Si es para hablarle, imposible,
que enfermo está; mas no es
quien vive aquí, ni arcediano
ni procurador del rey.

QUIJ. (Señalando los objetos.)
Aquel retablo, y el Cristo
que en esta mesa se ve...
AST. Prendas son que adora el alma
que en la fe alienta.
QUIJ. Así es.
AST. Ella de grandes empresas
estimulo siempre fué:
sin ella en este rincon
no existirian tal vez
para gloria del que aun vive,
y mengua de, no sé quién,
ese trofeo; que en nueva
(Señalando á las armas indias.)
conquista alcanzó la fe.
QUIJ. (Que contemplándolas un instante, corre hácia ellas.)
¡Por nuestro apóstol San Pedro
dejad que le mire bien!...
AST. (¡Qué sospecha... Dios, al cabo,
habrá tocado esta vez
el imperial corazon?...)
QUIJ. (¡Me abismo, dudo: sí, es él!...)
(Volviéndose con rapidez y asiendo de un brazo al
paje, baja con él al prescenio.)
Contestad: buscando vengo
al bizarro Hernan Cortés.
Vos, le conoceis?...
AST. Le sirvo.
Está en su casa usarced.
QUIJ. (Impresionado, recorre de nuevo con una mirada la
estancia, y exclama.)
Dejad que me asombre!
AST. ¿Cómo?...
¿No sois español?
QUIJ. Si á fe.
AST. ¿Le habeis tratado?
QUIJ. Diez años
con él he servido, diez.
Con él á las Indias fui,
el Pacifico crucé,
y voluntario en Italia
aprestéme para Argel.

AST. ¿Qué deseais?
 QUIJ. ¡Por mi alma!...
 Verle, abrazarle, y despues
 si pobre está... (Metiendo mano á la escarcela.)
 AST. ¡Seor soldado!
 QUIJ. Perdonad.
 AST. No ha menester...
 QUIJ. Soldado, aunque viejo y rudo,
 mi espada pondré á sus pies.
 AST. Él llega.
 QUIJ. Corro...
 AST. (Deteniéndole.) Un momento.
 Mirad cuál le traen: ved
 que está muy grave: si súbito
 ante él os mostrarais...
 QUIJ. ¿Qué?
 AST. Que á veces mata el pesar
 ménos pronto que el placer. (Váse.)

ESCENA VIII.

QUIJADA, CORTÉS, el ABAD y MARTIN.

Cortés ha aparecido, cuando lo indica el diálogo anterior, con la faz baja; débil y penoso el paso; rodeado del Abad y D. Martin, que le prestan apoyo.

El ilustre enfermo avanza así hasta el sillón contiguo á la mesa sin notar la presencia del soldado que desde el ángulo opuesto parece contemplarlo con un dolor mezclado de asombro y respeto. Cuando ha tomado asiento, Quijada le dirige la palabra, «Señor,» y adelanta hácia él; dejando siempre una distancia conveniente entre ambos.

QUIJ. (¡Cuán mudado se encuentra? Me estremezco
 su abatimiento al ver!...)—¡Señor!...
 CORTÉS. (Levantando la cabeza.) ¿Quién eres?
 QUIJ. Una noche, rugía embravecido
 terrible el huracan; sordo zumbaba
 del trueno el estampido,
 del fugaz relámpago la lumbre

la oscuridad rasgaba.
 El mar alzando sus soberbias olas
 combatia los débiles costados
 de las osadas naves españolas,
 que el rumbo dirigian
 á las costas de Argel. Amedrentados
 los pobres tripulantes,
 de angustia y pavor lleno
 el antes bravo corazon sereno,
 temian por instantes,
 sin poder ni luchar, verse lanzados
 de hondo mar en el profundo seno.
 De pronto, aun más sombría
 la noche se tornó. Ya de las naos
 ni aun la forma se via.
 Negro el mar, negro el cielo, parecia
 que iba á volver el universo al caos.
 Rasgóse el firmamento:
 horrible exhalacion cruzó incendiaria,
 y en el mismo momento
 se oyó una imprecacion y una plegaria.
 El rey seguia con empeño ansioso
 la maniobra... y vos, vos, casi ahogado
 en mis brazos...

CORTÉS. (Que se habrá levantado despues de una creciente exaltacion.)

¡Sí!... sí!... Dios poderoso!

Eres tú el esforzado
 que de la mar airada
 me salvó!...

QUIJ. Sí: yo soy Miguel Quijada.

CORTÉS. ¡Un abrazo Miguel!

QUIJ. ¿Cómo os encuentro

solo, señor, y enfermo y abatido?

CORTÉS. ¡Mudanzas de la suerte!

QUIJ. ¿La suerte contra vos?

CORTÉS. ¡Dios lo ha querido!...

Yo, codicioso de grandeza y gloria,
 empresas de Titan más que de hombre
 mil veces llevé á cabo,
 porque un día la historia
 consagrare una página á mi nombre.

Yo la idea de Dios á un pueblo esclavo
 llevé tambien. Por mí de Cárlos Quinto
 hoy el poder asombra á las naciones,
 y por mí su corona
 hoy cuenta más estados que florones.
 ¡Y todo ha sido en vano!
 La envidia, la procaz maledicencia,
 la ingratitud, en fin, del soberano...
 ¿Acudisteis al rey?

QUIJ.

CORTÉS.

He acudido
 una, dos y más veces.
 (Señalando un pliego sobre la mesa.)
 Hoy mismo, este escribía
 último memorial, no concluido.

QUIJ.

CORTÉS.

¿Y el rey?...
 Mira.
 (Manifestando la soledad en que vive.)
 Cortés, aquel que un día

de Méjico señor, ganó un imperio,
 y preteccion á reyes concedía,
 hoy casi sin sustento y sin abrigo
 implora en un papel que el llanto baña
 la mezquina limosna del mendigo.
 ¡Baldon y mengua para el rey de España!

QUIJ.

No es, señor, el monarca
 el envidioso vil de vuestra gloria
 que el mundo llena y su extension abarca.
 No es el monarca, no. Como vos, héroe,
 glorioso como vos, su nombre, sabe
 que de este mundo en la extension no cabe.
 Mendoza...

CORTÉS.

QUIJ.

¡Miserable!
 Aprovechando
 la enfermedad horrible que os aqueja,
 dice que sois inútil para el mando,
 que sin vigor la enfermedad os deja.
 ¡Dios de Dios! ¿Sin vigor? Igual que un día
 cayó Guatimozin, hoy al impulso
 de mi brazo caería
 quien tal calumnia contra mí propala.
 ¡Vive Dios! ¡Todavía
 soy el Cortés de Otumba y de Tlascalá!...

¡Inútil yo?...

(Corre al trofeo, y descolgando un hacha, baja con
 ella líbido y descompuesto.)

Ve y dile al soberano [mano
 que aun vive Hernan Cortés, y que aun su
 (El esfuerzo agota las fibras del enfermo. Vacila,
 quiere resistir, y no es posible. Entónces, notando
 su impotencia, con el último violento esfuerzo rompe
 el arma, que arroja lejos de sí, volviendo al sillón
 desalentado. Estúdiese.)
 rompe pujante la ferrada maza
 que los dobles arneses despedaza!

QUIJ.

Así, señor, así; mostrad el fuego
 que en vuestras venas generosas arde.
 Yo al monarca veré, yo con mi ruego
 lograré para vos...

CORTÉS.

(Casi postrado.) Miguel, ya es tarde.

QUIJ.

No: acabad vuestro pliego,
 yo haré que llegue al rey.

CORTÉS.

Miguel querido,
 te engaña la amistad; fui respetado
 cuando un reino les di, mas hoy que pido,
 mi gloria y mi valor dan al olvido.
 Son hombres, no los culpo.

QUIJ.

La desgracia
 amortigua la fe de vuestro pecho.
 Acabad de escribir y...

CORTÉS.

Tercero eres,
 mas puesto que lo quieres,
 á terminar mi instancia me decido.
 No dirás que no he hecho
 el único favor que me has pedido.
 —¿Dónde íbamos, Martin?—Mas levantado
 estais, señor?... (Al Abad.)

ABAD.

CORTÉS.

ABAD.

CORTÉS.

Seguid.
 ¡Ay, cuánto os debo!
 No digais tal.
 Mirad si resignado
 mis pesadumbres y dolores llevo.
 (Durante estas últimas frases, Martin ha tomado
 asiento junto á la mesa, frente á Cortés, disponiéndose
 á continuar la escritura del memorial comenzado.)

MARTIN. (Leyendo.) ¹ «El marqués del Valle suplica á
»Vuestra Magestad se acuerde...» (Cortés le
hace seña de que pase adelante, que vaya solo á lo
que importa; y Martin continúa.)

MARTIN. «Sujetó en Nueva España á la corona real
»muchas provincias, cibdades, villas é luga-
»res, las que no gobernó, por darlas Vues-
»tra Magestad á quien fué servido. Por tan-
»tos servicios, el veinte y nueve en Toledo,
»Vuestra Magestad le hizo merced del títu-
»lo de marqués...»

CORTÉS. (Interrumpiendo)
¡Que no quise aceptar, porque creia
que no era á mis méritos bastante,
que otra paga el servicio merecia!
Y el rey me contestó... Sigue adelante.

MARTIN. (Continúa.) ² «Lo que os doy, no es, ni vos lore-
»cibais por final paga de vuestros servicios,
»porque yo no estoy informado de las cosas de
»allá, y entre tanto quiero me haber con vos co-
»mo los que se muestran á jugar á la ballesta,
»que los primeros tiros dan fuera del terrero,
»y de allí enmiendan hasta dar en él.—Y pues
»fasta tanto no se os quita ni se os ha de qui-
»star nada de lo que teneis, recibid lo que ago-
»rra os doy en patrimonio, porque parezca que
»comienzo á haceros alguna merced.—Y en-
»tonces aceptó.—Mas fué á Nueva España, y
»no solo no le cumplieron la dicha merced,
»sino que le quitaron algo de lo que tenia.—
»Por mandato de Vuestra Magestad, abaste-
»ció muchos navios, gastando en ello más
»de cinco veinte mil ducados, que no le
»pagaron, aunque Vuestra Magestad decia
»que habia dado órden para ello.—Item.

¹ Histórico. Copiado del que existe en el archivo de Indias de Sevilla. Puede verse tambien en la *coleccion de documentos inéditos para la historia de España*, publicada por Sainz de Baranda y Navarrete.

² Lo que va en bastardilla se suprime en la representacion.

»Enviando á estos reinos por su familia, y
»para esto treinta mil y tantos castellanos
»de oro, Vuestra Magestad tuvo á bien ser-
»virse de ellos, recibiendo el dicho marqués
»cartas de Vuestra Magestad, en que ofrecia
»no olvidar nunca el servicio, obligádos
»á pagarlo.»

QUIJ. (Interrumpiendo.)
Perdonadme, señor; mas esas citas
de cartas de gran precio,
do prueba tal y obligacion se marca...
CORTÉS. Las tengo yo, Quijada; y del monarca
deben estar en la conciencia escritas.

MARTIN. (Siguiendo.) «Ni de esto ni de nada ha tenido
»paga ni recompensa.—Item. Por proseguir
»su intento, que ha sido siempre dilatar y
»nacrecentar el nombre y patrimonio real por to-
»ndo el mundo, tomó cierto asiento con Vuestra
»Magestad para descubrir á su costa nuevas
»tierras. Mandó construir cinco armadas, en
»que se gastó descientos cuarenta mil y tantos
»ducados.—Puso su persona en grave peligro
»de muerte, y vió morir en la demanda deu-
»dos suyos cercanos, é muchas personas ami-
»gas. Y habiendo descubierto algunas tier-
»ras, el virey le intimó no prosiguiese so-
»pena de cincuenta mil castellanos y la
»persona á disposicion de Vuestra Majes-
»tad.—Vino á estos reinos á pedir remedio
»á tantos agravios; Vuestra Magestad estaba
»en Alemania ó Flandes, y esperó.—Vues-
»tra Magestad á poco fué sobre Argel, y no
»pareciéndole bien estarse quedado y no mar-
»char donde su rey iba, fué, y no ménos
»proveido ni el que ménos gastó de los que
»fueron.»

CORTÉS. Prosigue. Ahora que noteis espero.

MARTIN. ¡Estoy tan abatido!...

CORTÉS. Un esfuerzo.

ABAD.

Valor.

CORTÉS.

Sí, lo he ofrecido.

Pedid al cielo que no sea el postrero.
«Otros muchos servicios, y no de menor calidad, pudiera hacer presente, pero los calla por no dar pesadumbre á Vuestra Majestad, y porque de ellos gran parte son que particularmente tocaban á su persona y son notorios.»
 «Por tanto, señor, á Vuestra Majestad suplica que no permita que los agravios que se le han hecho, pasen sin restitucion de sus daños y gobernacion de lo que conquistó, como todos los demas que conquistaron, pues no deja de ser una afrenta, porque el vulgo sospeche que siendo sus servicios tan notorios, haya con él esta novedad.»

(Cortés pronuncia las frases últimas con gran desfallecimiento y pena; deja caer su cabeza sobre el respaldo del sillón; y Martin que le observa, suelta la pluma, y levantándose exclama:)

MARTIN.

(¡Gran Dios!)

ABAD.

¡Señor!...

QUIJ.

Firmad por vuestra vida.

CORTÉS.

(Con profunda melancolia.)

¡Triste vida en verdad!

QUIJ.

(Á Martin.)

Dadle la pluma.

ABAD.

¿Qué sentis?

QUIJ.

(Mostrándole el memorial y la pluma que Martin le ha dado.)

CORTÉS.

¡Oh! firmad!

Que va de huida la pobre vida que el pesar abruma!...

MARTIN.

¡Qué tarde!... (Mirando con fijeza á Quijada.)

(Señalando el sitio donde ha de firmar.)

CORTÉS.

Aquí.

Cuando la noche avanza, la noche del no ser!... ¡Ay!...

MARTIN.

¡Padre amado!...

ABAD.

Dios es grande, señor.

CORTÉS.

¡Dulce esperanza!...

ABAD.

No la dejes morir: qué no sucumba ese aliento esforzado.

Aun junto á vos se aspira hácia la gloria.

Sobre el hombre está Dios, y está la historia más allá de la nada de la tumba!

CORTÉS. ¡Dios... si, si!...

¡La gloria!

QUIJ.

Esperanza vana.

CORTÉS.

Por Dios, firmad.

MARTIN.

Por mí.

QUIJ.

¡Por todos!

CORTÉS.

(Rehaciéndose, suspira, ase una mano á Martin, y dirigiéndole una mirada expresiva, dice:)

¡Sea! (Firma.)

QUIJ.

(Toma el memorial que Cortés mismo le ofrece con temblorosa mano, que estrecha entre la suya.)

¡Bien, señor! Esta noche, cuando ufana Sevilla en su recinto, que de flores alfombran sus leales moradores,

á Carlos Quinto su monarca vea,

y entre el aplauso popular, contento que, fácil es concibo

el paso cierre á su triunfal carrera,

llegaré á su carroza:

dejaré oír mi acento:

y firme el pie sobre el dorado estribo, justicia pediré. De tal manera

que por la cruz os juro de mi espada respuesta os volveré muy lisongero.

¡Que no fuera el monarca caballero ó durara yo ser Miguel Quijada!

(Sale por la puerta derecha.)

ESCENA IX.

DICHOS, ménos QUIJADA.

CORTÉS. (Después de algunos instantes de silencio y como ensimismado.)

¡Convertidas muy en breve ha de ver sus esperanzas en funestos desengaños!

¡La atmósfera cortesana con su maléfico influjo

no ha corrompido su alma,

y presume que ha de ser
atendida su demanda!...
Es justa, y basta con esto
para que sea rechazada.
Ser fiel al emperador;
verter en tierras lejanas
la sangre, para aumentar
el esplendor de la patria;
ser español, como debe
serlo el que nació en España,
madre del Cid, de Gonzalo,
de Guzman, cuyas hazañas
atónito el mundo admira;
no transigir con la infamia,
rechazando con nobleza
acciones torpes, villanas;
son culpas que no perdonan
esos próceres que arrastran
su dignidad por el lodo;
plantas ruines, parásitas,
que viven de los favores
que les arroja el monarca;
que, envidiosos, con la envidia,
y á traicion, hieren y matan,
menoscabando la gloria
de su ascendencia preclara,
y que á manchar sus blasones
toda su vida consagran!
Calmaos, señor.

ABAD.
MARTIN.

Padre mio,
esa agitacion os daña.
(Esclavo de la idea que le preocupa.)
¡Qué cándida es la nobleza
del noble Miguel Quijada!
No obstante, la que á él le sobra
á muchos nobles le falta.
Es verdad que estos la hubieron
por herencia, y con la espada
en los mares de las Indias
él ha sabido ganársela.
Señor...

ABAD.

CORTÉS. (Como volviendo en sí.) Me siento abatido.

Fray Zaldivar, quebrantadas
mis fuerzas, siento que muere
con mi vida mi esperanza.
¡Morir!... ¡morir!... Cuando aun puede
mi mano empuñar la espada...
Cuando inmensos horizontes
ante mi vista se ensanchan,
en donde nuevas empresas
pudieran ser realizadas!...
¡Morir en este recinto,
en donde el aire me falta!
¡Morir lejos del estruendo
de los campos de batalla,
contra inúmeros contrarios
blandiendo robusta lanza!
¡Morir, sin hallar la tumba
en una sangrienta charca,
dando ejemplo con mi muerte
á los héroes que batallan
con sublime abnegacion
por su Dios y por su patria....
¡Oh, señor! ¡Cómo es posible,
que á traicion con su guadaña,
la vida de Hernan Cortés,
hiera aquí la horrible parca!
¡Calmaos! — Mayores daños
que la enfermedad, os causa
la inquietud que os atormenta.
¿querais que le llame?

ABAD.

MARTIN. El doctor cerca se halla:
¿querais que le llame?

CORTÉS. Inútil
de la ciencia la eficacia
es ya, Martin. Por instantes
mi pobre vida se apaga.

(Va á levantarse y cae en el asiento casi faltar de
fuerzas; prueba á incorporarse de nuevo, y entónces
se le acerca Martin ofreciéndole un apoyo en su
brazo.)

MARTIN. Apoyaos en mi brazo.

ABAD.
CORTÉS.

¿Dónde vais?
Junto á la cama.
(Mirando el lecho)

Más que cama hoy me parece
una tumba improvisada.

(Vuelve sentarse.)

¡Hijo mio, no te aflijas;
Dios el término señala
de la carrera del hombre:
si mi existencia se acaba
más que el médico del cuerpo
he menester el del ánima.
Rindo un culto merecido
á la religion cristiana
y en mi angustioso quebranto
ella me dará la calma.

(Con ternura.)

—Ven y estrecha el seno mio!...

MARTIN.
CORTÉS.

¡Padre!

¡Martin!...

(Momento de solemne silencio. Despues, deshaciéndose de los brazos del hijo, y como sobreponiéndose al dolor, dice, señalándole al propio tiempo la puerta segunda izquierda, por la que desaparece Martin, obedeciendo el mandato paterno.)

¡Basta!... Basta!...

Fray Zaldivar, no el soldado,
el hombre está á vuestras plantas;
(Cortés va á arrodillarse y el Abad no lo permite.)
el hombre que á Dios le pide
el auxilio de su gracia.

ABAD.

El solo puede inspirarnos
santo amor, santa esperanza:
podeis hablar: yo en su nombre
escucho vuestras palabras.

ESCENA X.

CORTÉS y el ABAD.

CORTÉS. (Revelando la fatiga á medida que habla.)
En tan solemne ocasion
débilmente y con torpeza,
no va á hablaros mi cabeza,
va á hablaros mi corazon.

Con esto os hago notar,
que aunque causen mi tormento,
son frases de sentimiento
las que voy á pronunciar. (Ligera pausa.)
Sin que nada al hombre asombre,
amar, sufrir desenganos,
en los juveniles años,
esta es la historia del hombre.

(Con profundo sentimiento.)

Una flor mucho más pura
que la gota del rocío,
hizo esclavo mi albedrio
de su mágica hermosura.
No es extraño si la amé,
que su recuerdo me abruma:
yo su cándido perfume
con loco afan aspiré!
Símbolo de mi alegría
privándome del reposo
fué el secreto misterioso
de mi indomable energia.
Por ella gloria anhelé,
por ella fama adquirí,
por ella á Méjico fui...
vine á España... y no la hallé!
Aquí su recuerdo hijo,
mi pobre existencia labra!...
Señor, en una palabra:
fué la madre de mi hijo!

ABAD.

¿De don Martín?

CORTÉS.

Él ignora

(Cada vez más penoso el esfuerzo con que habla.)
su nombre y su condicion:
es noble, y su corazon
virtudes mil atesora.

ABAD.

¿Y vive?

CORTÉS.

(Dando á sus frases la mayor energia que pueda,
teniendo presente su situacion.)

De ella recibe
su vida la vida mia.
Si no he muerto todavia
esto prueba que ella vive!

su paradero inquiri:
pero inútil fué mi anhelo;
sin duda le plugo al cielo
castigar mi falta así.
Quién es, antes que sucumba
voy, señor, á revelar,
pues no me debo llevar
este secreto á la tumba.

(Desde este momento, su postracion casi le permite hablar. Sus frases han de salir de sus labios entrecortadas.)

Al hacer mi confesion
remiso se encuentra el labio,
pues parece que un agravio
vá á hacerle á mi corazon.
Mas si de mi vida el fin
ya se acerca, como veis,
cuando muera, le direis
á mi hijo don Martin
que yo, Hernan Cortés, su padre,
mi nombre y fama le cedo...
(La fatiga le corta la palabra.)

ABAD.

¡Ánimo, señor!...

CORTÉS.

(Con pena.)

¡No puedo!...

ABAD.

Acabad.

CORTÉS.

Y que su madre...
es...

ABAD.

¡Un esfuerzo!... (¿Qué miro?
¡su palidez se acrecienta!)
¡Cortés!

CORTÉS.

Mi fatiga aumenta
la angustia con que respiro.

ABAD.

¡Hola! (Llamando.)

ESCENA XI.

LOS MISMOS y DOÑA BEATRIZ, INÉS y ASTORGA.

ABAD.

Llamad al doctor

(Á Astorga, que se dispone á salir; pero se detiene
al oír las primeras frases de Cortés.)

CORTÉS.

Es en vano... Cuando acuda...

Si Dios no me presta ayuda...
seré un cadáver!...

(Inclinando la cabeza.)

INÉS.

(Acercándosele llorando y asiéndole una mano.)
Señor!...

(¡Se encuentra helada su mano!...)

CORTÉS.

(Murmurando las frases.)

¡Vivir!... ¡inútil deseo!...

BEAT.

(Que habrá avanzado hácia Cortés.)

¡Ah!... ¡no me engaño!... ¡Qué veo!...

¡vive! ¡es él!... ¡Dios soberano!...

ABAD.

(¿Qué dice?...)

BEAT.

¡Hernando!... (¡Infeliz!...)

CORTÉS.

(Incorporándose cuanto deben permitirle sus fuerzas.)

¡Hernando?... ¡Quién me ha llamado,

que su acento ha resonado

en mi corazon?... ¡Beatriz!

¡Es posible! ¡Vuelvo á verte!...

¡Oh! no!... ¡Debo delirar!...

BEAT.

(Con desesperacion dolorosa.)

(Y no poderlo arrancar

de los brazos de la muerte!...)

(Cae desfallecida á los pies de Cortés.)

CORTÉS.

¡Padre...

(Cortés se dirige al Abad como para revelarle que
aquella Beatriz es la mujer de quien antes habló.
Pero cambia repentinamente de idea; estremecido al
sentir que abrazan sus rodillas y gimen y lloran á
sus pies, y llama al hijo.)

—No!... ¡Martin! ¡Martin!...

—¡Calmad, oh señor, mi duelo;

por qué si la vida anhelo

mi vida toca á su fin?

(El hijo aparece en la segunda puerta izquierda.)

¡Hijo!!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y MARTIN.

MARTIN.
CORTÉS.

¡Señor!

Si de un padre
te priva la muerte airada,
la que está á mis pies postrada...

MARTIN,

¿Qué decis? ¡madre!...

BERT.

(Partió el grito del alma y corriendo á abrazarla.)
¡Hijo mio!!

CORTÉS.

(Tendiéndoles los brazos.)
Venid, y en vuestro quebranto,
preste calor vuestro llanto
á un corazón que está frío!

BEAT.

¡Señor!

CORTÉS.

(Más abatido que nunca.)
¡Ay!... Dejad que exhale
así mi aliento postrero,
que ya otra dicha no espero
(Con agonía.)

que á esta inmensa dicha igualé!
Alzad á Dios la oración...
á Él mi espíritu le entrego!...
Dadme, padre, yo os lo ruego...
vuestra santa bendición!...

(Cortés inclina la cabeza y espira en los brazos de Beatriz, que sin fuerzas para sostenerle, no puede evitar que caiga al suelo. Todos se arrodillan: Beatriz á la derecha, y á su espalda Astorga; Martín á la izquierda; y el Abad en el centro. Inés va á postrarse ante el retablo que sostiene el reclinatorio. Estúdiense el cuadro)

ABAD.

¡Orad!

(Momentos de silencio, que viene á romper el eco lejano, casi perdido, de una campana que repica. Mucha discreción y ensayo en esto.)

(Levantándose.) ¿Qué extraño rumor?...

AST.

(Que se ha quedado suspenso un instante, corre á la puerta derecha, la abre rápidamente, aplica el

oído y exclama:)

El toque de esa campana
es de Sevilla, que ufana
saluda al emperador.

ABAD.

(Con una amargura profunda.)
De los aires al través
llega el eco á este recinto:
allí vive Carlos Quinto!...

¡Aquí ha muerto Hernán Cortés!!

Telón.

CENSURA DE TEATROS DEL REINO.

*Examinado este drama (muy bien escrito),
no hallo inconveniente en que su representación
se autorice.*

Madrid 11 de Setiembre de 1867.

El censor de teatros,
NARCISO S. SERRA.

